

EVANGELIO

Seguimos en el discurso apostólico que comenzamos la semana pasada.

Jesús ha enviado a sus discípulos a las "ovejas perdidas de la casa de Israel".

Les ha dado instrucciones de cómo deben comportarse.

Le ha prevenido de los peligros, provenientes de los jefes religioso-civiles: "os envío como ovejas en medio de lobos", "os entregarán a los tribunales y os azotarán", "seréis odiados de todos por causa de mi nombre"...

Por eso Jesús tiene que reforzar su ánimo:

"No tengáis miedo", seguid proclamando el mensaje del Reino.

"No tengáis miedo", pueden acabar con vuestro cuerpo, pero no con vuestra vida, que está en manos del Padre.

"No tengáis miedo" y dad la cara por Jesucristo; él la dará por vosotros ante el Padre.

Qué actuales suenan estas palabras de Jesús. Cómo necesitamos escucharlas en estos momentos en los que debemos dar la cara en defensa del Evangelio, aplicado a la vida familiar, social y política.

Sin embargo, no hay proporción entre la culpa y el don: si por la culpa de uno murieron todos, mucho más, gracias a un solo hombre, Jesucristo, la benevolencia y el don de Dios desbordaron sobre todos.

Lectura del santo Evangelio según San Mateo 10,26-33.

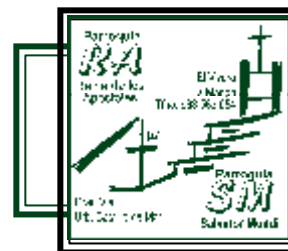
En aquel tiempo dijo Jesús a sus apóstoles:

-No tengáis miedo a los hombres porque nada hay cubierto que no llegue a descubrirse; nada hay escondido que no llegue a saberse.

Lo que os digo de noche decidlo en pleno día, y lo que os digo al oído pregonadlo desde la azotea.

No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. No; temed al que puede destruir con el fuego alma y cuerpo. ¿No se venden un par de gorrones por unos cuartos? y, sin embargo, ni uno sólo cae al suelo sin que lo disponga vuestro Padre. Pues vosotros hasta los cabellos de la cabeza tenéis contados. Por eso, no tengáis miedo, no hay comparación entre vosotros y los gorrones.

Si uno se pone de mi parte ante los hombres, yo también me pondré de su parte ante mi Padre del cielo. Y si uno me niega ante los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre del cielo.

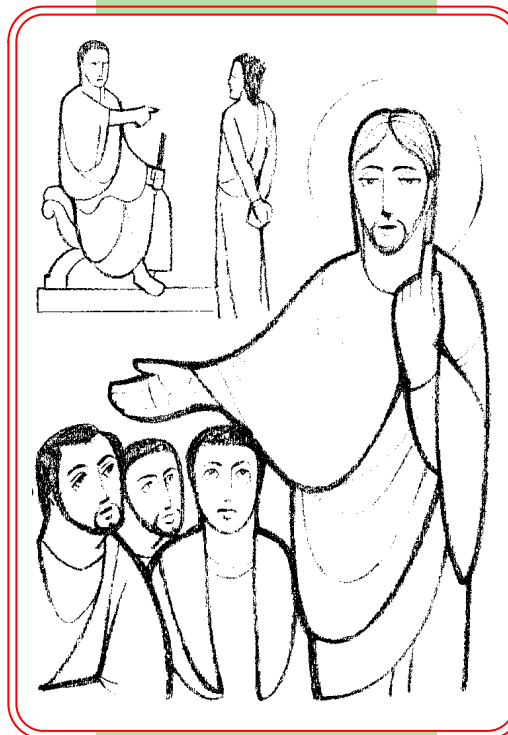


Comunión

Hoja de comunicación de las parroquias de la Manga del Mar Menor

LITURGIA DE LA PALABRA ESPAÑOL

12 - Domingo de tiempo ordinario (A)



La fe cristiana se fundamenta en la resurrección de Jesús.

Al celebrar cada domingo la resurrección del Señor, indicamos a cada generación lo que constituye el eje de nuestra historia.

El "día del Señor" es el "señor de los días".

Para quienes creemos en el Señor resucitado, este día está lleno de sentido.

Como decía San Jerónimo: "El domingo es el día de la resurrección, es el día de los cristianos, es nuestro día".

El domingo es nuestra "fiesta primordial".

Lectura del Profeta Jeremías 20,10-13.

PRIMERA LECTURA

Mala época le tocó vivir al profeta Jeremías.

Su palabra no coincide con los intereses de quienes dirigen el pueblo de Dios.

Debe lle var la palabra de Dios a oídos que no quieren escuchar.

Su vida se ha convertido en un conflicto permanente consigo mismo y con los demás.

Acosado y perseguido, todos, aun sus amigos, le acechan. Hay que deshacerse de Jeremías.

Ante el miedo y la angustia, el profeta se refugia en el Señor. Sólo en él, que lo ha elegido y le ha llamado para esa misión, puede darle fuerzas para cumplir su cometido y sólo del Señor puede esperar justicia.

Por tanto, el único camino que emprende es ponerse en sus manos, encomendar a Dios su causa.

El miedo de Jeremías, cuando se siente solo, se convierte en fortaleza cuando pone su vida en manos de Dios; ese Dios que ha librado su vida de manos de los impíos.

Dijo Jeremías:

Oía el cuchicheo de la gente: «pavor en torno».

Delatadlo, vamos a delatarlo, mis amigos acechaban mi traspiés.

A ver si se deja seducir y lo violaremos, lo cogemos y nos vengaremos de él.

Pero el Señor está conmigo, como fuerte soldado; mis enemigos tropezarán y no podrán conmigo.

Se avergonzarán de su fracaso, con sonrojo eterno que no se olvidará.

Señor de los ejércitos, que examinas al justo y sondeas lo íntimo del corazón, que yo vea la venganza que tomas de ellos, porque a ti encomendé mi causa.

Cantad al Señor, alabad al Señor, que libró la vida del pobre de manos de los impíos.

SALMO RESPONSORIAL

Sal 68

R/. Que me escuche tu gran bondad, Señor.

Por ti he aguantado afrentas, la vergüenza cubrió mi rostro.

SEGUNDA LECTURA

Una realidad de nuestra propia existencia: el pecado, que anida en nuestro corazón.

Podemos desarrollar lo queramos la doctrina del pecado original, del "pecado de origen", de si nacemos "en" pecado original o "con" pecado original, si el pecado original es o no la "marca de familia" que todos llevamos...

Sin embargo es mucho más importante no perder de vista que, "donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia". Como dice el texto de hoy: "no hay proporción entre el delito y el don".

Por un hombre entró el pecado en el mundo y, con él, la muerte como destino final para todos.

Pero Dios nos da su gracia por medio de Jesucristo, vencedor del pecado y de la muerte; gracia y vida que "sobra para la multitud".

Al primer cuadro sombrió del pecado, Pablo contrapone el cuadro luminoso de la gracia.

Dios está empeñado en salvar. Y este empeño se llama Jesucristo.

Soy un extraño para mis hermanos, un extranjero para los hijos de mi madre, porque me devora el celo de tu templo, y las afrentas con que te afrentan caen sobre mí.

Pero mi oración se dirige a ti, Dios mío, el día de tu favor; que me escuche tu gran bondad, que tu fidelidad me ayude. Respóndeme, Señor, con la bondad de tu gracia; por tu gran compasión vuélvete hacia mí.

Miradlo los humildes y alegraos, buscad al Señor y vivirá vuestro corazón. Que el Señor escucha a sus pobres, no desprecia a sus cautivos. Alábenlo el cielo y la tierra, las aguas y cuanto bulle en ellas.

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Romanos 5,12-15.

Hermanos:

Lo mismo que por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres porque todos pecaron...

Pero, aunque antes de la ley había pecado en el mundo, el pecado no se imputaba porque no había ley.

Pues a pesar de eso, la muerte reinó desde Adán hasta Moisés, incluso sobre los que no habían pecado con un delito como el de Adán, que era figura del que había de venir.